

EL MAL ES EL OTRO Y... NOSOTROS

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Carmelo Lisón Tolosana*

Al Dr. Luis Alfonso Rico Zalba

*The problem of evil will be the fundamental question
of postwar intellectual life in Europe*
Hannah Arendt, 1945¹.

El Mal —con mayúscula— es, quizás, la más expresiva de todas las aterradoras palabras y el más esquivo de los apocalípticos conceptos. No solo se trata de un *mysterium tremendum* sino también de un *mysterium iniquitatis*, a pesar de lo cual no disponemos ni de vocabulario preciso ni de discurso último realmente profundo y perspicaz para encararlo. Y sin embargo, su carácter extraño, versátil, amenazadoramente múltiple y aterrador exige un verdadero esfuerzo conceptual, un forcejeo por pensar lo impensable y decir lo inefable. Por una parte, al abordarlo nos enfrentamos a toda una galaxia de difíciles conceptos (como, por ejemplo, libertad, justicia, moral, violencia, responsabilidad etc.), con innumerables referentes loco-tempo sensibles, con módulos funcionalmente autónomos y con interminable exégesis (ontológica, metafísica, teológica, metafórica, adaptativa etc.) de ambigua y complicada hermenéutica. No nos amansa la infinidad de libros sobre el tema ni nos serenán las soluciones utópicas. Por otra, el omnipresente fenómeno del Mal se nos impone por su horror y fascinación y nos marca con alguno de sus diferentes modos e innumerables voces desde el principio de nuestra existencia: nuestros más primarios y profundos impulsos van dirigidos a evitar el sufrimiento y más tarde el Mal, tan lejos y oscuro en su representación conceptual como cercano y preciso en la diaria experiencia. Este gran *totum* conformado por miríadas de manifes-

* Sesión del día 4 de marzo de 2008.

¹ "Nightmare and Flight" en *Partisan Review*, vol 12, nº 2, 1945 y publicado también en *Essays in understanding 1930-1954*, J. Kohn (ed.), Harcourt and Brace, pp. 133-135.

taciones con diferentes maneras de similaridad nos desafía más con enigmas que con epifanías, porque se nos manifiesta con el soplo del misterio y el vendaval de lo trágico. Siendo esto así ¿qué puedo decir, en humildad, sin duda, desde mi horizonte antropológico cultural? Voy a escorzar en brevedad y sencillez, un muy reducido elenco de preguntas e interrogantes culturales y una frágil pero sutil, antropológica respuesta. Este paradigma que no es ni filosófico ni religioso centra el tema.

I.

Parto para ello de un hecho constituyente: las más variadas ecologías y los más remotos tiempos, cada una de las sociedades y todas las culturas testimonian *ad nauseam* la perennidad y extensión del Mal en muchas de sus manifestaciones, y esto es así porque en toda comunidad humana se malvive, se enferma y se muere, se sufre y se hace sufrir; el Mal trasciende fronteras, está siempre con nosotros. Su omnipresente realidad nos invita a anclar el problema, en primera instancia, en algo más duradero y radical que los cambiantes soportes socioculturales, en la panhumana doliente condición; la prehistoria, el lenguaje y la acción pueden corroborar también esta premisa ontológica.

Fascina, desde una perspectiva antropológica la terribilidad y perennidad del Mal; todos los grupos conocidos lo discriminan a su manera, lo describen, elaboran y clasifican lo que prueba no solo su construcción cultural sino algo muy importante: su fundamento ontológico humano; dicho de otra manera: la finitud, debilidad y fragilidad humanas, sus ilimitadas aspiraciones, inquietud y angustia vital son el núcleo constitutivo dinámico, la base estimulante, las líneas de fuerza que hacen posible e inevitable el mal. Nuestra cultura, por otra parte, configura universos de maldad desde premisas teológicas y metafísicas y desde coordinadas estructurales y creencias culturales. Veámoslo.

Hay un mal, primero, radical, fundamental, el mal absoluto, puro y sin mezcla, perfecto y en exceso, fuera de límite, concepto pensable pero inimaginable en la realidad. Ahora bien, hay un mal continguo, próximo al anterior: el genocidio, los crímenes contra la humanidad, el mal gratuito e incomprensible como el abuso del inocente, la guerra y la tortura. Hay, en tercer lugar, un mal cósmico, terribles catástrofes naturales, como el tsunami o como el que hizo desaparecer el 92% de las especies de la tierra, pero hay también, cuarto, un mal moral que se teologiza, politiza y retoriza según momentos, etapas, ideologías y situaciones. La bruja, el Otro, el extraño y ajeno, la Inquisición, la Stassi, el desnudo poder y el fundamentalismo religioso son algunas de estas figuras sintéticas del mal como también Stalin, Hitler, Pol Pot y Mao y algunos iconos geográficos como Vietnam, Hiroshima, Dresde, Guantánamo y Abu Graib. La retórica con su poder intensificador es pródiga en designacio-

nes: “el eje del mal”, “el imperio del mal” y “el gran Satán” apuntando simultáneamente a Saddam, Bush, Irak, Irán y Norteamérica como conocidos exponentes, pero lo que quiero realzar es su versatilidad adscriptiva que subraya cómo el valor es también estrategia, justificación y uso ambiguo, indeterminado, maleable y relativo, *mal de siècle* que nos ha tocado vivir, que depende del ojo que mira; estamos en el registro de la simbólica del mal.

Hay, en sexto lugar, un mal existencial, originario y profundo, el del *pathos* de la miseria humana, de sus contradicciones internas, el de la enfermedad, la frustración y la muerte. Hay lo que conceptos tales como *Weltschmerz*, *angst*, *ennui* sugieren, a saber, el tedio y la desazón humana que provienen del hiato entre las aspiraciones y la realidad, que se origina en el desacuerdo entre un espíritu infinitamente ávido e inagotable y el impacto negativo de la cruel y grosera realidad, todo inherente a nuestra humana y común condición. Hay en séptimo lugar, un mal del que somos nosotros mismos fautores debido a nuestras tendencias agresivas, a nuestra ambición desmedida, rivalidad envidiosa y deseos de venganza.

Hay además —octavo— un mal estructural que proviene de la fuerza de las estructuras sociales coercitivas que interfieren en nuestra libertad y nos obligan a someternos a normas y leyes que no nos agradan para hacer posible la convivencia, pero que al mismo tiempo y contradictoriamente fomentan nuestro individualismo, potencian la ética del yo primero y el rechazo de la disciplina social; estructura convivencial pero en disyunción, frustrante y contradictoria. Y por último hay un mal generado por el moderno nacionalismo que hunde sus raíces en la geografía ideologizada y sacralizada. Los cazadores y recolectores del Paleolítico, tanto en el ártico canadiense como en el desierto africano, eran igualitarios, tenían una estructura de convivencia y trabajo igualitaria, estaban siempre en movimiento y guerrearban por el entorno accidentalmente ocupado por otros grupos también en movimiento, pero en el Neolítico los grupos comenzaron a ser sedentarios, a poseer casas, huertos, ganado, herramientas y cerámica, a organizar y defender la propiedad y a dominar por la violencia. Çatalhöyük (Turquía) es una de las primeras ciudades que se conocen, floreció hace unos nueve mil años; sus pinturas y esculturas exhiben con profusión personas decapitadas, dramatiza la cultura de la supresión por terror, horroriza verlas. Se le ha llamado el infierno neolítico.

Pero esto no era nuevo. Los australopitecidos de hace unos dos millones de años poseían ya instrumentos cortantes y útiles para golpear capaces de abatir elefantes; a finales del paleolítico superior se servían del venablo —para la corta distancia— y de la azagaya para atacar a más larga distancia; las tentaciones para usarlos contra grupos más débiles en busca de botín debieron ser frecuentes. En tanto en cuanto conocemos la violencia contra el Otro fue tan antigua como endémica en Mesopotamia; en las excavaciones de Arpachiya —V milenio a.de C.— hay pruebas inequívocas de pillaje y destrucción. En el Egipto prehistórico el Sur atacó

al Norte; la victoria viene narrada en paletas y mazas votivas por medio de signos y horcas; de éstas penden avefrías que aluden a “otros” egipcios y arcos que representan a los extranjeros. El rey, que preside una escena ritual, golpea a los enemigos e inspecciona los cadáveres decapitados. El despotismo oriental (de egipcios, mitanos, amoritas, nubios, hurritas, guteos, casitas etc) estuvo presidido por la violencia contra el Otro. El ejército y la táctica militar formó parte constitutiva de la dinastía hitita que ya en el siglo XIII a. de C. era capaz de poner en jaque al ejército faraónico. En los textos cuneiformes se transcribe por sumerogramas la expresión “soldado caballos”, esto es, infantería y carros de guerra —ya usados por los sumerios en el tercer milenio—; los hititas revolucionaron la táctica del ataque con estos carros de dos ruedas y tres ocupantes. Asirios, hititas, mitanos, egipcios etc. asediaron por hambre, saquearon, incendiaron, mataron, deportaron y esclavizaron. Como hoy.

Las primeras noticias de pueblos indoeuropeos aparecen en documentos asirios anatolianos a finales del III milenio —siempre a. de C.—; con ellos los útiles de la caza derivaron muy pronto en armas de guerra. En *toda* sociedad indoeuropea antigua la guerra fue la principal actividad, de la que más se hablaba y a la que correspondía un rico vocabulario. Los hombres eran, ante todo, guerreros y el poder residía en la asamblea de guerreros. Tenían, entre otras, una palabra para “tropa militar”, y más significativamente, para “pueblo-ejército”, otra para designar al guerrero —**ner*— que significaba “hombre como combatiente”, lo que quiere decir que para todo indoeuropeo (germanos, tracios, celtas, baltos, eslavos, antiguos hititas, indios, iraníes, griegos, latinos y todos los demás) todo hombre era potencialmente un guerrero; más aun, solo se era hombre completo en tanto en cuanto se adquiría la función definidora de guerrero. Las armas, el carro de guerra (instrumento del triunfo indoeuropeo), la conquista, el botín consiguiente (hacían también colecciones de cabezas humanas) la hazaña y la bravura individual, las narraciones de mitos y la simbología guerrera configuraron y alimentaron una ideología intensamente combativa o cultura heroica que aterrorizó tanto a los extraños como a los conocidos pueblos rivales².

Cambiamos de espacio y tiempo para captar otras máscaras del imperio del Mal. Es el Occidente el que ha desplegado toda una compleja anatomía del omnipresente y pluriforme fenómeno en su estructura conceptual y en su lenguaje expresivo-emotivo. El Mal en cuanto condición primordial de nuestra existencia ha estado siempre presente en nuestra atormentada historia. Pero lo que quiero realzar es que la realidad del mal (el sufrimiento, la desgracia, la locura, la enfermedad y la muerte) y la radicalidad de sus explosiones, el descontento existencial, el absurdo de la vida, lo incongruo y enigmático de nuestro peregrinar han incitado a la

² Me estoy copiando a mi mismo: *Las máscaras de la identidad*, Ariel 1997, pp. 61-62.

creatividad mítica y han provocado teología y teodicea, metafísica, literatura y arte. Y como abordan el lado oscuro de la existencia humana, esto es, la descripción de fuerzas y potencias misteriosas y ocultas, tienden forzosamente sus artífices a servirse de imágenes y símbolos, de alegorías, figuras sintéticas y arte.

Sobre la naturaleza del Mal han escrito pensadores tan heterogéneos como Plotino, Platón, San Agustín y Santo Tomás, Leibniz, Kant y Ricoeur y su problemática obsesionó también a las mentes de Lactancio, Tertuliano y Filón de Alejandría, a los autores de las Sagas nórdicas, a Dante, Blake, A. Poe, Sade, Rousseau, Rimbaud, Valéry y Propp. Todos ellos obedeciendo al imperativo de exploración artística, se internan en zonas desconocidas y regresan con hebras del mismo y terrible tema. Lo diabólico, monstruoso y satánico ha seducido a Milton, Byron, Shelly, Shakespeare y Blake. Huysmans, Cernuda, Guillén, James, Faulkner, Mauriac, Genet, Freud, Dostoievski, Camus y Juan Pablo II han escrito sobre Satán. Y sobre el pacto demoníaco en cuanto símbolo del drama humano conocidas son las obras de Marlowe, Goethe, Balzac, R. L. Stevenson, T. Mann etc. y todos, junto con V. Hugo, Carducci, Baudelaire, Bernanos y otros vibran con la incertidumbre y fascinación de la múltiple satánica perspectiva. La poesía no es ajena a la evocación de la crueldad, sufrimiento y muerte en el siglo XX; Anna Akhmatova con su *Requiem* y *Poema sin héroe*, por dar solo un ejemplo, testimonia el trágico destino de un pueblo bajo el terror staliniano. Paganini se jactó de ser inspirado por Satán.

Lo instrumentaron Moussorgsky, Shostakovitch y Mahler, Berlioz, Dvorak y Gounod espiritualizando lo material; Lotto, el Bosco, Durero, Blake, Munch y Delacroix van más allá de los límites de la lengua y pintan símbolos que permanecen, terribles gritos de angustia. A Fuseli se le sentaba el diablo encima; Goya en su delirio diabólico descubre, nombra, pinta y exorciza la violencia, el frenesí, el terror, el Mal. Goya, Fuseli y Bosco son, además, símbolos de la intensidad, dibujan estados extremos de experiencia, pintan metáforas de la angustia espiritual intemporal, conciertan hechos con fantasía para comprender la dificultad del vivir; con un lenguaje propio exploran algunas dimensiones de la humana, atormentada finitud, nos la exhiben en dolorosas perspectivas. Lo insondable es para el arte, la literatura y la reflexión moral, no para la ciencia³.

No es menos exuberante, pero a otro nivel, la creatividad local sobre la realidad del Mal ante el sufrimiento corporal, la siempre acechante enfermedad y la difícil convivencia aldeana. Basado en etnografía gallega he delineado todo un cuadro de demonios mayores y menores con sus denominaciones específicas, con riqueza de semas y perífrasis, con su ecología ambiental, manifestaciones propias, cualidades juguetonas y perversas, actuaciones siniestras y cataduras morales y, lo

³ Copio esta vez de *La España mental*, vol. II, Notas finales, Akal, varias ediciones.

que es más importante, con sus significados y sentidos para explicar porciones de la realidad sufriente personal, de las permanentes tensiones y conflictos sociales en las aldeas y de los dilemas mentales, cuadro ontológico-moral que omito por brevedad y cuyo desarrollo puede leerse en la última obra citada.

¿Qué quiero sugerir con la presentación de estas diapositivas del maligno? Que el Mal en sus multiformas es una constante con distribución global, que sus recurrentes y extraordinarias manifestaciones no sufren necesariamente específico contexto social ni opresión cultural —aunque pueden manifestarlos—, que sus abstracciones y representaciones son vehículos simbólicos tanto de grandes aporías humanas como de concretos malestares corporales y dificultades comunitarias. Segundo, que trasladamos los supremos conceptos dilemáticos y aporéticos, el Mal radical concretamente, de su estrato metafísico a semánticas cotidianas y ordinarias (como un dolor de cabeza, un mal año) o a fenómenos naturales (un terremoto, un huracán) pero en círculo hermenéutico porque a su vez dramatizamos estos deterioros y desastres otorgándoles estructuras de trascendencia y, tercero, que en todas las personas de todos los pueblos, tiempos y lugares repunta una predisposición antinómica, esto es, una capacidad no solo para hacer el bien sino para perpetrar el mal, que el hombre es un genio en lo uno como en lo otro, que en cuanto *homo necans* su potencial asesino y destructor y vacío ético puede asomar en cualquier persona y morada de vida. Somos, sin duda y a la vez, San Jorge y el Dragón, heroicos en altruismo y espesos en impulso violento; somos el animal más devastador después de la naturaleza, especialistas en crueldad y ensañamiento gratuitos. *Homo homini lupus*. Y por último, que las naciones, desde tiempo inmemorial, guerrearán unas con otras perpetrando el mal y acusándose de perpetrarlo unas a otras. Todas son satánicas desde algún punto de vista, desde la perspectiva del Otro. Lo que nos lleva a otro nivel y régimen cultural de esta hidra con muchas cabezas y miles de colas.

II.

En un momento como el actual, precedido por una centuria que ha pasado por la espada a más de cien millones de personas, tiene sentido detenernos un segundo para echar una dolorida mirada a alguna de las más conocidas representaciones del Mal. Nuestro vocabulario occidental es rico y tenebroso en *τοποι* apocalípticos: el pecado original, el diluvio universal, la cortesana de Babilonia, Sodoma y Gomorra, la Bestia, las plagas de Egipto, los cuatro jinetes del Apocalipsis y la peste encabezan la lista que en letanía interminable alcanza al 11 de septiembre, el 11 de marzo y el 7 de julio, fechas-ícono que marcan hitos en el calendario satánico y en la geografía del Mal, *ways of thinking* ciertamente pero que inexorablemente llevan a *ways of acting* en represalias sin fin. Paradigmas constantes pero que a la vez llevan el uniforme del tiempo son la bruja satánica —ficción cerebral pero que lle-

vó a la hoguera a más de cincuenta mil mujeres en Europa por delitos que nunca cometieron, lo que rubrica una vez más la irracionalidad humana—, Felipe II el “demonio del Mediodía”, la Inquisición y la colonización, por circunscribirme a nuestro ámbito histórico. Para quebrar la monotonía escuetamente enumeradora de substantivaciones del mal voy simplemente a señalar un episodio por el que la Inquisición se robustece como tipo alegórico general.

Entre 1914 y 1932, nos dicen los historiadores, aparecieron ideologías represivas, se consolidaron estados autoritarios y se recrudecieron problemas y trastornos políticos que hicieron recordar a viejos tiempos inquisitoriales; el fantasma de la Inquisición ensombrecía el horizonte europeo. Pero lo que quiero subrayar es que esos nubarrones ampliaron sorprendentemente el espectro significativo inquisitorial de forma que ahora no se veía solo como enmarcado por España sino que sobrepasaba lo español, el papado, el catolicismo y el antiguo régimen. Nuevos complejos políticos e ideológicos comenzaron a verse como realmente y en su esencia como inquisitoriales en Europa y América, concretamente en la Rusia soviética, en la Italia fascista, en la Alemania nazi, en el comunismo polaco, en las dictaduras española y portuguesa y en el macCartismo americano. De esta manera inesperada, contingente e histórica la Inquisición pasa a confirmarse y corroborarse como un modo alegórico con excepcional potencia política para encarnar el Mal.

La Inquisición, sabemos en Antropología, es mucho más poderosa como mito que como realidad empírica; la popular metáfora más eficaz y persuasiva para marcar a los gobiernos totalitarios, al sufrimiento, a las purgas, juicios y violaciones políticas, a la tortura de millones, a comisarios políticos sin conciencia y comités de actividades antiamericanas en una palabra, es la figura sintética del Gran Inquisidor. Nos lo dijeron Dostoievski, D.H. Lawrence, Evgeny Zamyatin, Arthur Koestler, G. Orwell, y Arthur Miller que dramatizó la manipulación de la conciencia por el macCartismo.

Pero volvamos al repertorio de encarnaciones del Mal, siempre en modos y grados diferentes. En la batalla del Somme (1916) hubo 1300000 muertos en los quince primeros días. La orgía de violencia continúa hoy. El Congo, Sri Lanka, Palestina, Israel, Rwanda, Darfur, Chechenia, Pakistán, Cambodia, Irak, Afganistán por una parte y Hiroshima, Auschwitz, el Gulag, Dresde, Guantánamo y Abu Graib por otra, son *loci* comunes de la geopolítica del Mal, lugares marcados por su universal infamia, símbolos fehacientes de la irrealizable panhumana convivencia y de la general experiencia de alineación. Quiero subrayar de nuevo que en cuanto símbolos son al menos bivalentes, que presentan doble faz, una dimensión positiva y otra negativa: la allanación de un pueblo o una ciudad y el aniquilamiento de un grupo o credo es justo o injusto simultáneamente, encomiable y radicalmente inmoral a la vez, el muerto un criminal o un mártir, el ejecutor un héroe o un asesino dependiendo de la perspectiva identitaria y estancia personal desde la que se evalúa. El Mal es el

Otro. Concretamente: unos atacan en su corazón al imperio americano como supremo Satán, para otros el eje del Mal atacó a América “porque somos el brillante faro para la libertad y oportunidad del mundo”, intercambio de narrativas contradictorias que dice mucho sobre la racionalidad de la especie.

Cierto, por otra parte, que leemos a Stalin, Mao, Pol Pot y Hitler como incuestionables personificaciones del Mal, como fautores paradigmáticos de continuo conflicto, violencia suma e incontable muerte al desatar fuerzas y manipular poderes ideológico-nacionalistas que ponen en marcha la máquina del terror, pero la hipóstasis política del mal es mucho más compleja; requiere circunstancias históricas, condiciones existenciales de vida, ideología y colaboración interesada entre otras variables. Los campos de exterminio nazi y la Stassi lo han documentado.

Esta última organización política en la desaparecida Alemania oriental ostenta el récord de ser la que más ha expiado en toda la historia mundial; fue una Inquisición a la alemana. Como aquélla se distinguió en la fabricación del Otro para exterminarlo; nada nuevo, hoy se sigue haciendo también. El ejército de espías, denunciadore e inquisidores o agentes exclusivamente dedicados a espiar y acusar rondaba los cien mil, pero colaboraban además unos trescientos mil catalogados como “informantes informales”. Esa Alemania consiguió también el récord de teléfonos pinchados. Seis millones de individuos —uno por cada dos adultos— estaban fichados con expedientes personales que, puestos unos a continuación de otros, ocupaban 202 kms. Como con la Inquisición y como con la Revolución cultural china vecinos, amigos, conocidos, familiares, novios, hijos etc. aparecen en esos papeles como acusadores. El 20 de enero de 1986 coordinaron las autoridades un plan para establecer campos de concentración y eliminar —sic— a unas cien mil personas, las clasificadas como “de actividad básica hostil o negativa” frente al gobierno. Conformaban esta categoría de indeseados miembros de las diferentes iglesias, representantes de grupos marginados, solicitantes de visados, jóvenes decadentes etc. Se consideraba necesario aislarlos para preservar el orden social. El enemigo es aquí interno. Hasta 1970 los disidentes eran ejecutados. El interrogatorio del poeta Reiner Kunz duró treinta horas seguidas; el cerebro de la Stassi, general Erich Milke, “héroe de la Unión Soviética” ostentó 250 condecoraciones. Material para rigurosa meditación.

Que el *totum* Mal ocasione una babel de interminables y dispares interpretaciones es también parte de su multiforme naturaleza; el uso político del concepto es un buen ejemplo de su flexibilidad debido tanto a su excesivo arco de referencia como a las justificaciones emotivas y apasionadas que suscita. ¿Cuáles son los criterios diacríticos de una “guerra justa”? ¿se puede conceptuar hoy como lo sugirió el P. Vitoria en el siglo XVI? ¿cómo se define el “eje del Mal”? ¿cuáles son los noemas aceptables de una “guerra total contra el terror” y de la guerra santa? ¿quién es el terrorista? La respuesta de algunos líderes políticos y religiosos al 11 de septiembre es contundente: esa fecha vale tanto como una “revelación” apocalípti-

ca, algo así como un supremo armageddon entre dos civilizaciones, una “amenaza global” que nos exige “eliminarla”. Un jefe de gobierno profetizó: “nos encontramos ante un peligro mortal de equivocarnos en cuanto a la naturaleza del mundo nuevo... definida el 11 de septiembre”. Otra figura política, no menos contundente, aseguró: “no esperaré los acontecimientos mientras crece el peligro, no me quedaré inactivo ante la proximidad del peligro... Nuestra guerra contra el terror solo acaba de comenzar”. Sectores palestinos anuncian ríos de sangre y sectores judíos represalias no menos sangrientas. Parece que algunos líderes leen el libro del Apocalipsis. Un predicador favorito en la Casa Blanca afirma que “el Dios del Islam es un Dios diferente... el Islam es el mal y su religión malvada”. Identidad, nacionalidad, religión, ideología, historia personal, geografía y conjuntos de intereses condicionan la aplicación moral del lenguaje apocalíptico.

El Presidente Bush visitó recientemente a dos heridos en Irak en un centro de rehabilitación tejano; pasó el tiempo con ellos jugando con un vídeo que simulaba la guerra de Bagdad; ni una sola vez les preguntó sobre su experiencia vivida en ella. La ideología y habilidad del soldado matón en USA y en Inglaterra es todo un fenómeno televisivo. *Halo* es la historia del supersoldado que lucha sin descanso contra una pesadilla teocrática, civilización terrible, ajena, otra, que nos ve a nosotros como una herejía religiosa que hay que aniquilar. El supersoldado nos salva matando. 500 millones de *Halo 2* han sido transmitidos online y se han vendido 170 millones de dólares de *Halo 3* en las primeras veinticuatro horas de venta. En esta guerra santa global obscuras fuerzas enemigas tienen nombres árabes. Este es el condimento televisivo de niños en América, y los soldados americanos e ingleses en Afganistán son asiduos videntes. Los marines en Irak confiesan reproducir a veces en la realidad las fantasías de los vídeos. Nada nuevo en esencia: ya Bernal Díaz del Castillo encontraba ánimo en los héroes de las hazañas de los libros de caballería cuando atacaba a los indios por las calles de la ciudad de Méjico.

III.

Pero buceemos por niveles más profundos de la mano de una categoría antropológica universal, extraordinariamente rica en virtud hermenéutica. Las hipostatizaciones panhumanas primeras conformantes del Mal, del abismo entre las aspiraciones y la realidad, del choque entre la razón y la pasión y de las tensiones inherentes al vivir; la indignidad de la senectud —la impureza más impura, oímos en *Muerte en Venecia*—, la faz demoníaca de la diferencia, el sufrimiento del inocente, el sinsentido del azar y de la intolerable injusticia, el absurdo último de la vida y el agujero negro de la finitud y libertad humanas conforman los afluentes del inextinguible hontanar del Mal, del Mal trágico, radical, irremediable e ineludible que se expresa retóricamente en filosofía y en la tragedia y simbólicamente en el mito.

Ante toda una panorámica de preguntas sin respuesta —por qué el sacrificio ritual de niños, el sida y el ébola, el cáncer y el alzheimer— ante el gran por qué hacemos el Mal y por qué morimos las culturas han respondido elaborando toda una galería de complejos sistemas míticos. Padmasambhava en el Tibet, Zaratustra en Irán, el *karma* hindubudista, el metamórfico Satán del Viejo Testamento, las Furias griegas, las Sagas nórdicas estructuradas por la violencia etc. representan otros tantos esfuerzos en narrar la etiología del Mal, sus funciones y consecuencias. El mito, reforzado con el poder del ritual que dejo de lado, es un modo preconceptual que nos predispone a aceptar experiencias que no podemos entender plenamente, una reflexión intuitiva —mito/lógica— sobre el desorden, el caos y el misterio del Mal. Las grandes narrativas míticas sobre primeridades y ultimidades van más allá del orden, de la experiencia y del pensamiento racional, se nos presentan en su desbordante significado como un *exemplar* transcendente, intemporal, sin tributo a espacio o tiempo fijos, válido para siempre. Insinúa el fracaso de la racionalidad y en su función de apertura y descubrimiento provoca a pensar, a reconocer los límites de la razón y retornar al reconocimiento cultural de la potencia del mito que nos ayuda a imaginar sentido positivo —el Mal es “el manjar del genio” nos dice *Muerte en Venecia*— en nuestra paradoja y tragedia y continuar siendo. Dice lo que es difícil decir racionalmente, habla a todos, a Platón y al esclavo negro, a Juan de la Cruz y a Rilke, al preso de Guantánamo y al de Dachau porque envía un mensaje denso en emoción y pasión y, no menos importante, porque al aplicarlo a nuestra concreta, dolorosa situación está en lugar de realidades objetivas (cósmicas, corporales, sociales, culturales, mentales) e ignominias e indignidades verdaderas. En cuanto narración simbólica de un concepto y forma de vida otorga a la experiencia un significado total, nos envía a otro ámbito de sentido, al universo de lo transcendente y absoluto. No solo de pan vive el hombre. Sometido el mito a hermenéutica crítica, lógica simbólica e interpretación creativa le hacemos descender de su natural empíreo a nuestra realidad sufriente y caótica, a sus manifestaciones socio-culturales reales y objetivas, aquí y ahora, y así convertimos el mito en un espejo de sabernos mirar y en un texto de sabernos leer porque ilumina, en verdad, porciones de nuestra radical realidad, zonas impenetrables pero pletóricas a la vez en significados flotantes, pertinentes, con vocación de uso. Necesitamos el velo de la ilusión. Cierto que su realismo es poético, pero su poesía es realista, vital, que impulsa a poner un pie en el Edén porque viene perfumada con un bálsamo para dulcificar nuestras heridas⁴.

⁴ Un amplio panorama sobre el Mal dibujan las siguientes obras: T. Anders, *The evolution of evil an inquiry into the ultimate origins of human suffering*, Chicago 1994. R. Bernstein, *Radical Evil: a philosopher interrogation*, Cmbridge. P. Kolowski (ed.), *The origin and the overcoming of evil and suffering in the world religions*, Dordrecht 1986. M. Larrimore (ed.), *The problem of evil: a reader*, Blackwell 2004. L. Morrow, *Evil: an investigation*, Nueva York, 2003. S. Neiman, *Evil in modern thought: an alternative history of philosophy*, Princeton 2002. B.R. Reichenbach, *Evil and a good God*, New York 1982. T. Waddell (ed.), *Cultural expressions of evil and wickedness: wrath, sex, crime*, Amsterdam, 2003.